

Frente libertario

Madrid,
1.º de enero
de 1938

Número 368

editado por el comité de defensa confederal = región centro

EL HOMBRE POPULAR

Conjuntos de causas que en la vida de los pueblos se presentan, llevan a éstos a épocas, a situaciones en las que días aciagos, días de tragedia, son ineludibles y, más que ineludibles, impredecibles.

Sin esos conjuntos de causas, sin los días de tragedia o aciagos, acabarían los pueblos roídos por los egoísmos, por los vicios y por la ineptitud de las clases directoras que, agotadas ya, las hacen inútiles y, más que inútiles, estorbables.

El comercio abusivo y extensivo, que no puede vivir, a voz en grito, pide la conmoción o la revolución que extermine la mitad del comercio y, con ella, la mitad de los comerciantes.

El saco de plata casado con el título o, lo que es igual, la burguesía enriquecida enlazada con la nobleza pobre y prostituida, hechos ya inútiles, ni dirigen la economía particular ni tienen capacidad para buscar soluciones a la economía común.

Los políticos hechos ricos, perdido el hábito de trabajo, la austeridad, y agotados en banquetes y salones, dejan a su albedrío la dirección del país, a la que impiden llegar a hombres nuevos de capas jóvenes que den nueva vida y den nueva savia de la que, al carecer, el país ha de manifestarse, ya en uno, ya en otro sentido; ya bajo esta, ya bajo otra forma, la inquietud y el malestar de las capas sociales con vigor aún.

La fuerza, la opresión, la dictadura, es entonces el arma en la que los políticos gastados ponen su mirada, y al rey o al presidente no se le proporciona otra salida. Pero la razón de fuerza no da ni dió nunca solución a problemas, y los problemas siguen en pie, y siguen en pie, para recorrer el camino que el comercio abusivo, la burguesía y la aristocracia inútil y los políticos gastados no pueden recorrer y tratan de impedir que recorra el pueblo.

La revolución, la conmoción se masca, se palpa y se toca, salida del choque del pueblo con la fuerza organizada y brutal de lo viejo.

La conmoción tiene lugar. Las aguas se desbordan, los pueblos se rebelan, y entonces en un mismo pueblo co-gen las armas las distintas corrientes, y el hombre popular, ¡ah el hombre popular!, tiene que surgir, y tiene que surgir, no porque sí, sino porque el conjunto de sus actos, su vida y su obra lo hacen sacar.

Así, el pueblo heroico, la capital heroica de la España leal, busca su hombre, y lo busca y lo halla.

Egoísmos, proselitismo, zancadillas y mil y mil mañas se pondrán en acción, pero el pueblo sabe elegir y saltar por encima de todos los escollos y elige, y elige su hombre, el hombre sincero, el hombre del centro, el hombre del pueblo. Y de que lo busca y lo halla es prueba testifical, y prueba que nadie se permitirá negar, el nombre que con cariño y el hombre de quien con cariño se habla en el café, en los pasillos de los teatros, en los salones del cine, en los Centros comunistas, en los Centros republicanos, en las Organizaciones obreras y en la F.A.I.

Y en todas partes se ve ese hombre. Y se ve la confianza que en él pone el pueblo. La esperanza que pone en él.

En el teatro le hallaréis, en el mitin de cualquier sector también, en la entrega de bandera a cualquier compañía, batallón o brigada, no faltará. Al reparto de juguetes a los niños, a la visita de hospitales, al entierro del jefe, oficial o soldado caído con grandeza no veréis que falte. Y es que es eso. El Hombre del pueblo. El hombre popular que ocupa su puesto. No le deis otro, ni en el suyo pongáis otro: harían el ridículo.

El enemigo acecha

Persistiendo en la depuración de la España leal, es necesario ir a una revisión y a una depuración de las Organizaciones en la retaguardia. Por higiene social se impone esa depuración pedida por todos los hombres conscientes y por los que, teniendo fe en el pueblo, quieren que este mismo pueblo haga de España una nación que destaque en los principios morales, lo mismo que en el terreno de todos los conocimientos del saber humano.

Esta obra, que piensan realizar todos aquellos que cultivan el amor al prójimo, no podrá efectuarse mientras queden en la España leal elementos que sean enemigos de la obra gigantesca que levantan los obreros movilizados en los frentes y en las industrias de guerra.

Hay que reconocer que, si la España leal puede vencer al fascismo, será debido a la fuerza insuperable que dimana de la unidad sindical; y en nombre de esa propia unidad esperamos ver realizado, en plazo breve, que nuestra España ha sido limpiada de todos aquellos elementos que pueden acarrear perjuicios incalculables con su enemiga al régimen que aspiran a darse los españoles sinceros y amantes del progreso.

De día en día, los enemigos de la evolución progresiva de España tienden a debilitar los cimientos sobre los

cuales se edifica paulatinamente el régimen que ha de servir, por su espíritu de justicia y de equidad, como modelo a los pueblos que anhelan sustraerse a la opresión y a la tiranía del sistema capitalista.

Demorar la depuración de la retaguardia es tanto como retrasar la hora de la victoria.

No podemos dejar de constatar que, la enemistad de unos sectores con otros, trae como consecuencia un desequilibrio en el seno de la unidad antifascista. Por esto insistimos para que sean puestos al margen todos aquellos que no sientan realmente lo que anida en el corazón de la inmensa multitud que da cuanto puede y vale para la causa que con tesón defienden los heroicos soldados de la España leal.

Si vamos a la depuración deseada, todos los que trafican y especulan con el sacrificio del soldado y el esfuerzo del obrero, no podrán acumular tesoro alguno ni riqueza, que representa penuria y privación para los que precisamente tienen derecho a gozar con plenitud del producto de su trabajo.

No podemos, como revolucionarios y como antifascistas, permitir que ese estado anormal de especulación sobre los víveres se convierta en un estado de inquietud en el hogar proletario donde se forja la victoria sobre el fascismo.

De día en día, los enemigos de la evolución progresiva de España tienden a debilitar los cimientos sobre los

Consideraciones sobre arte revolucionario

Hay un pintor de pura cepa popular que, como cualquier discípulo anónimo de la escuela socrática, hace filosofía a su manera deambulando por el Mundo; escribe, habla o pinta poniendo en sus obras un comentario de franca rebeldía. Diríase un humanista de esta época de ególatras y de envanecidas nulidades que todo lo confían al dios Dinero.

Gustavo Cochet, cuyo es el nombre del artista referido, llegó a nosotros de su tierra argentina con la Revolución, y aquí se ha quedado absorbiéndola por todos los sentidos y dándole una forma de expresión que tiene algo de brote sorprendente, pues Cochet,

que es en su aspecto externo un incansable trabajador sumamente pacífico, se manifiesta aquí batallero y demoleedor, con un acento satírico que desconcierta y cautiva a la vez.

Sus producciones, en gran mayoría, han nacido de las escenas de violencia y de terror que nos transmiten los informes llegados del campo enemigo.

El dibujante certero de tipos agotados por el dolor y la miseria, el aguafortista denso de los bajos fondos sociales, no ha podido inspirarse, para sus gritos de protesta por la Humanidad maltratada, en aquella Barcelona transparente de la revolución de julio, que fue todo luz y belleza, aun en sus

misimos delirios destructores, ni en esta bullente, ordenada y gubernamental de ahora, que ha vuelto a su primitivo color, aunque le falten todavía los largos desfiles de lujosos automóviles y las noches refulgentes del Liceo.

El pintor bucea con su insatisfecha pasión de reivindicaciones a través del horizonte lejano, y saca, de un pueblo sometido a los bárbaros extranjeros y aterrorizado por métodos que hacen desear los inquisitoriales, motivos de conmoción espiritual que luego refleja diestramente en sus múltiples obras sinceras y logradas.

No se trata aquí del hombre que, desconociendo un oficio o una disciplina intelectual, se empeña en manifestarse elocuente y persuasivo con elementos que no obedecen a su voluntad. Craso error de muchos que, en este período de improvisaciones, han ocupado y siguen ocupando puestos de vanguardia en la guía del pueblo, sin que sepan bienamente hacia dónde camina la fuerza arrolladora de la masa, cuya opinión ni siquiera consultaron.

Para poner en las revoluciones un acento, una enseñanza cualquiera que flote durante cierto tiempo sobre las cabezas volcánicas de quienes empujan la Historia hacia adelante, es necesario sentirse locamente artista, enamorado ciego de la súbita transformación material y espiritual de las gentes, y poder mantener con realizaciones, que para la ocasión suelen ser geniales, el fuego sagrado que anima a las multitudes.

Gustavo Cochet, con Castela, con Gil Franco y con algún otro que no suele hacer gran ruido, son, en la mayor revolución del Mundo, los únicos exponentes de un arte que contiene apenas balbuceos episódicos de la incomparable gesta.

¿Dónde están los poetas, los dramaturgos, los músicos, los que labran la piedra, que hayan sabido recoger para sus creaciones un acento cualquiera de esta época convulsiva que estamos viviendo?

¿Surgirán de entre el canto de las ametralladoras, o habrá que irlos a buscar al campo, a la fábrica o al taller, a todos esos lugares en que la Revolución se forja calladamente, sin flores naturales, ni primeras medallas, ni bolsas de estudio para el Extranjero?

Te esperamos siempre, Arte, mágica palabra que llenas de ardor los corazones de los que, a pesar de todo, siguen teniendo fe en tu divina potestad.

Leed

“CNT”

Visado por la censura

